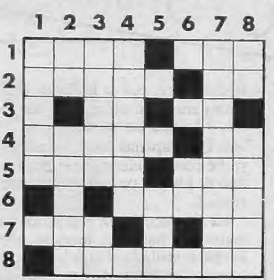
Con censura 25

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Estudio, profesión. / Adinerada, acaudalada.
2. Adorno pretencioso y de poco valor. / Lista.
3. Aguardiente de melaza. / Apócope de "uno".
4. Caja de hierro, en los fogones de las cocinas, para asar alimentos, pl. / Símbolo químico del antimonio.
5. Toques ligeramente una cosa. / Orilla.
6. Planta cuyas hojas, cubiertas de pelos, segregan un líquido urticante.
7. Verbal, de palabra. / Antiguo nombre de la nota do.
8. Comercio.

VERTICALES

1. Parte exterior de la corteza del alcornoque.
2. Anillo, pieza circular. / Esparcen líquido en gotas menudas.
3. Reemplaza lo que falta. / Dativo y acusativo de pronombre personal.
4. Que tiene consistencia parecida a la arena.
5. Disparo.
6. Percibí con la vista.
7. Logré, obtuve lo que buscaba.
8. Símbolo químico del aluminio. / Económico, de poco costo.

SOLUCION 24

Letra censurada: La S. **Horizontales:** 1) Sabandija. 2) Bato / Dúo. 3) Acostarse. 4) Tuna / Saga. 5) El / Res / Sol. 6) Cam / Ca. 7) Salacot. 8) Rodará. **Verticales:** 1) Abasteced. 2) Báscula. 3) Aston / Mar. 4) Notar / Lo. 5) Secad. 6) Sidra / Saca. 7) Juego / Sor. 8) Aso / Aletas.



Verano/12

Sueños de verano

Gustavo Saiegh

MIRADAS

(Por Pedro Lipcovich) Sentía las miradas de los hombres bailando sobre su piel como insectos tenues, picaduras casi incómodas y dulces bajo el sol, ella jugaba, tranquila, sus piernas en el espejo de la mañana eran nuevas, las nalgas firmes, allí iban las miradas y el pelo claro, los ojos. Una vez, en alguna duermevela, había soñado o visto las miradas como hilos abrochados a su cuerpo y ella títere, pero no ahora que, segura, jugaba bajo el sol, ellas jugaban, la pelota volaba entre la arena y el cielo azul.

Lo vio cuando la pelota se escapó adonde él estaba solo, leyendo un libro enorme junto al perrazo. Se acercó despacio: él la miraría, le alcanzaría la pelota. No. Apenas apartó la pelota sin dirección, sin mirar o acaso mirando bajo los lentes impenetrables. Ella fue, buscó la pelota con fastidio, su fastidio buscó miradas cómplices, vio los gestos, comprendió. Volviéndose, lo miró: el ciego era joven, impasible.

Ellas jugaron, rieron, se bañaron, avanzaba el día. El leía junto al perro inmóvil. A media tarde, sin vacilar, llamó a un vendedor de refrescos, pagó y bebió. Se levantó, después, junto al perro. Ella, en un impulso, corrió, entrecortada le preguntó si necesitaba ayuda. Un silencio. Ella sintió su torpeza. El hombre negó, con agradecimiento irónico. Con el perro, fue al mar; ella los vio jugar entre las olas.

Se fue. Anocheciendo, volvió a pasar frente a la playa y lo vio, con su libro. *El puede leer en la oscuridad*, pensó. El vello negro de su pecho estaba en sombras.

Esa noche fue a bailar a un lugar de luces de colores, vertiginosas. Se retiró temprano. A la mañana fue sola a la playa, culpándose sin saber de qué. El estaba.

A media mañana, él hizo un movimiento y ella temió que se fuera. No. El dejó el libro y se tendió al sol. Tenía las espaldas, los muslos bronceados. Ella se acercó. Disculpas por lo de ayer, le pidió. El la disculpaba, bueno. Había reconocido su voz en seguida. En silencio, ella se miró las piernas hermosas, inútiles. ¿Cómo sonaría su propia voz? Nadie la había elogiado nunca. El otro no hablaba, ella se retiró. Volvió al atardecer. Se sentó, no lejos. No podía saber si él sabía que ella estaba allí; era un poco ridículo. Se acercó, le habló. El no hablaba mucho. Vagamente supo que era músico. En silencio quedaron mientras anochecía. Ella se dijo que a él no le molestaba su presencia. La línea de sombra fue llegando a ellos. Entonces él, cerca de su oído pero sin tocarla, como si la viera, le dijo: "Me gusta tu olor". Fue como una electricidad. Largo rato estuvieron mudos; antes de besarse.

Esa noche, hicieron el sexo o el amor. Se despidieron sin promesa de reencuentro. A la mañana, estaba allí, leyendo su libro enorme. Ella se sentó junto a él; no se tocaban ni hablaban. Con una timidez profunda, preguntó: "¿De veras, te gusta mi olor?". El, sin responder, le pasó el brazo por sobre los hombros.

ME
ANTE

Uruguayo y continuador de la narrativa de Felisberto Hernández, Gandolfo es uno de los más considerables escritores de la franja que la crítica llama —con la complacencia de la geografía— Río de la Plata. En 1983 el Centro Editor de América Latina publicó su libro de relatos *La reina de las nieves*. Para mediados de este año *Puntosur* promete otro volumen. Este cuento es inédito y demuestra que, al menos por una vez, los elogios no son exagerados.

Antes de sacarme los anteojos le hago un gesto al mozo. Me contesta con otro, que pregunta si es lo de siempre. Muevo afirmativamente la cabeza, y me saco los anteojos.

Hace años que vengo al bar. Podría guiarme a ciegas por el ruido a vapor de la máquina express, por el estruendo de los coches que entra a través de los ventanales amplios de Serrano, o por el ladrido del perro del kiosco de la calle Chilson, mucho más tranquila.

Al pasar junto al mostrador retiré, como todos los días, el diario del bar. Un diario venal, mentiroso, pésimamente escrito y diagramado, que sin embargo leo todas las mañanas. "Porque e'grati" diría mi padre, irónico, haciéndose el mersa.

Hace tiempo que no veo a mi padre. Tampoco a mi madre. Mientras leo la primera plana pienso, perezosamente, en la posibilidad de visitarlos. Podría hacerlo solo o con Irene. En cambio Paula tendría que quedarse: le faltan unos meses para terminar sexto año, y le cuesta mucho matemáticas. No valdría la pena un viaje tan largo por sólo un fin de semana.

Me entero de que han reanimado la vieja y muerta exploración espacial en Estados Unidos, de que un senador de la oposición y otro oficialista se trenzaron a golpes de puño ayer y al caer abrazados uno de los dos dañó seriamente con su propia cabeza una de las bancas del Senado. Con refinado masoquismo leo una columna editorial de chismes y opiniones muy breves que siempre tiene la virtud de hacerme hervir la sangre de furia o desdén: hoy el anónimo escriba pide que se reprima cuanto antes el "espectáculo indecoroso" que, según él, suele verse en parques o plazas "a la salida de los liceos". Se refiere a los abrazos y caricias adolescentes que han regresado con la cuarta redemocratización del país. El ruido del platito del café me desconcentra.

El mozo me saluda con una frase de circunstancias. Le contesto con otra: capta que prefiero seguir con el diario y se esfuma, después de dejar los bizcochos y un vaso de soda.

Un viejo vicio que hay en mí me lleva a leer con detenimiento la página de espectáculos. Jorge Constanci vuelve a pronosticar, quejoso, la muerte definitiva del cine, la desaparición de las seis salas que sobreviven a duras penas en la ciudad en medio de la marea de videos holográficos. Un súbito estruendo entra por los ventanales. Alzo la cabeza y veo el contorno grande, borroso, de un camión detenido y de dos formas humanas gesticulantes. Me pongo los anteojos.

No pasa nada: sencillamente a uno de los proveedores del bar se le ha caído un cajón de envases vacíos de Coca-Cola tamaño familiar. Los trozos de vidrio forman una especie de charco cubista sobre la acera. Una de las formas gesticulantes es la del conductor, un veterano de bigotitos. Otra, la del muchacho que descargaba los cajones, quien soporta el alud de insultos con la espalda gacha, culpable, en silencio.

—Pobre Tito —dice Galimberti.

Aparto los ojos de la calle y lo miro. Sin darme cuenta me he llevado la mano a la sien, para sacarme los anteojos. Pero me faltan catorce años para empezar a usarlos.

—¿Qué, lo conocés? —le digo.

—Hizo primer año conmigo. Pero tuvo que dejar. El hijo de puta del camión le paga una miseria.

—Se lo merece por gil —dice Salzano, buscando roña. Siempre busca roña, Salzano, aunque no sea mal tipo. Tomasino, en cambio, no dice nada. Está apoyado contra la ventanita única del bar, que da a avenida Francia. Es primavera y un viento fresco le sacude levemente los ricitos rojizos, le enfría y le seca las pequeñas gotas de sudor de la nariz, bajo los ojos distanciados, absortos. Siempre le suda un poco la nariz, a Tomasino, hasta en invierno.

—Eh, Tomasi, ¿en qué estás pensando? —dice Galimberti.

Tomasino no contesta. Sigue con la mirada absorta más allá de la ventanita, de los vidrios rotos, del camión de Coca-Cola. Galimberti nos guiña un ojo y pregunta sonoro y melódico, como en una ópera:

—*¿En qué piensa el pequeño Tomasino, cuando toma café o cuando toma vino?*

Al unísono, estruendosos también nosotros, ya entremezclando las palabras con la carcajada, coreamos:

—¡En las tetas de la señorita Thomas!

La risa general sobresalta a Tomasino, e incluso al mozo, que hasta ese instante estaba apoyado en el mostrador, a unos metros de la mesa.

—No rompan —dice Tomasino, con voz tenue, rascándose la cicatriz del pómulo—. No rompan, che —insiste, indiferente, lejano.

Me aflojo la detestable corbata que llevamos obligatoriamente todos desde que subió Onganía. Por la ventana entra el ruido trizado de los vidrios al ser barridos.

—¡Eh, Lucas, no seas chambón! —le grita Galimberti al mozo, que empuja el montón con la escoba hasta hacerlo caer a la calle—. Si los dejás en la calle *se le pueden pinchar las gomas...*

Y nos hace pie, con un guiño, para que aullemos:

—*¡...al auto de la pobre vieja Thomas!*

Nos reímos todos, hasta Tomasino, con risitas histéricas de infradotados. Es realmente magnífico estar allí, reunidos en el bar, media hora antes del timbre, de lunes a viernes: charlar, joder un poco. La "vieja Thomas" es la madre de la señorita Thomas. Ella nos da Instrucción Cívica, la hija Matemáticas. La enfurecemos un par de veces por semana haciéndole notar de mil y una maneras distintas el absurdo de estudiar semejante materia en pleno gobierno militar. Aunque desde hace un par de meses nos quedamos en el molde. Más concretamente desde el día en que la vieja le hizo aplicar veinticinco amonestaciones a Morales, que quedó automáticamente expulsado, por haber pegado en la puerta del salón, en su hora, un cartel que decía: "Hoy -Instrucción Castrense- Hoy".

Odiamos a la vieja Thomas, amamos a su hija, o amamos más bien las generosas tetas de su hija, que iluminan como dos faros legendarios la noche gris de ese sexto año final tan opaco, tan liso, de pelo corto, amonestaciones, corbata azul finita y obligatoria, me cago en la Morsa.

—En la hostia —dice Salzano.

—¿Qué? —le digo.

—Que se dice "me cago en la hostia" —aclara—. ¿Para qué tomaste la primera comunión? ¿Para qué se pasó tu viejo las noches de claro en claro y de oscuro en oscuro enseñándote el ABC anarquista y anticlerical?

Tomasino interviene y aplica un chiste perfecto, suave, protagonizado por el cardenal Caggiano, la Virgen María y María Magdalena. Reímos hasta el agotamiento. Siempre nos sorprende bajando de pronto del plano astral en el que está perdido todo el tiempo para intervenir con la precisión de un arquero zen.

A una cuadra y media del bar suena el primer timbre de entrada. Nos llega entre las hojas verdes, jugosas de los álamos de la primavera, nos llega doloroso como una puñalada sutil, como si nos ajustara las corbatas azules y finas con mano de verdugo alrededor del cuello. Recogen, ellos, los libros y carpetas. Porque yo me guardo un as en la manga.

—Id, id, hijos míos —les digo con voz y gesto de pastor protestante.

—¿Qué, te quedás? —pregunta Galimberti, aterrado. Tiene veinticuatro faltas y no puede saltearse un solo día.

—Así es, hijo mío —le digo con una sonrisa beatífica. Tomasino ya está en la puerta—. Por algo no falté un solo día del cruel y duro invierno: para ver las minifaldas de la cálida primavera.

—Qué hijo de puta —dice Galimberti, pero sin odio: con envidia.

—Se van a ir de orgía con la Thomas, viejo, dejáló gozar de la vida —dice Salzano.

—Es cierto, es cierto —finge descubrir Galimberti—. Ella sale después de la segunda, para el auto a la vuelta, lo recoge...

—...y el señor le recita la tabla de logaritmos al compás de los resortes de la cama —dice Salzano, falsamente indignado, puritano.

Ya están al otro lado de la pequeña ventana del bar, mirándome como encuadrado por la pantallita de un cine parroquial. Reímos un poco más. Atrás, en la penumbra del mostrador, Lucas anota lo que consumimos, origen de discusiones interminables cuando tenemos que pagar, a fin de mes.

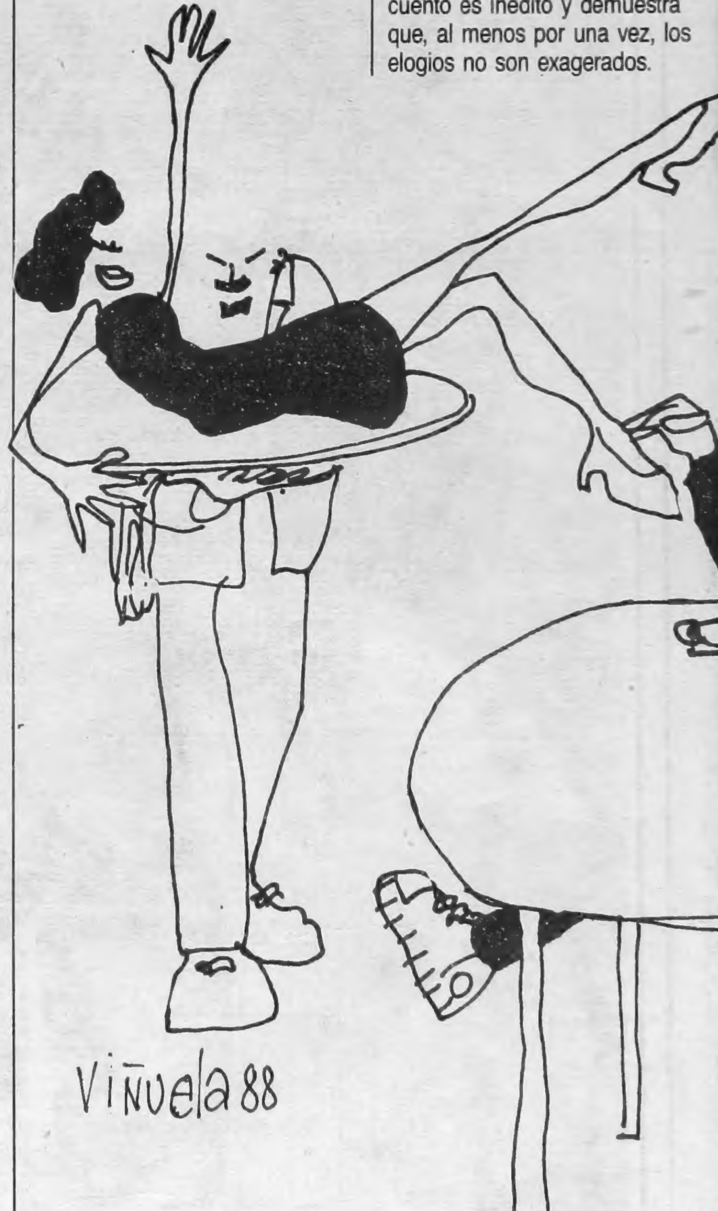
Los veo alejarse a los tres, Tomasino mirando las hojas verdes y tiernas entre las que se filtra la luz cristalina del sol, otra vez hundido en su plan astral particular. Sé que a la vuelta de la esquina los espera la mole amarilla del amado y odiado liceo. Sé que, como yo, no ven la hora de que termine el año, y a la vez desean con toda el alma que no termine nunca, que podamos seguir admirando las tetas de la señorita Thomas para siempre, que el bar, Lucas y la ventanita que da a avenida Francia sigan firmes hasta el fin de los tiempos.

Abstraído, no me he dado cuenta de que el camión de Coca Cola se ha ido. Lo advierto tardíamente, por la luz blanca invernal que ahora entra sin obstáculos por los ventanales, y baldea las mesas vacías. Me gusta el bar. Hace apenas dos semanas que vengo, y ya he conseguido que me presten el diario, uno de los tres pasquines reaccionarios de la ciudad.

La abstracción en el exterior ha llegado a tanto que hasta he logrado olvidarme de Bárbara, sentada al otro lado de la mesa. Un curioso fenómeno de empatía ha hecho que ella también se desenchufe, y que también baje al bar bañado por la luz del invierno cuando yo lo hago. "Parecemos Tomasino", me digo. Me sorprende recordar al pequeño pelirrojo tantos años después: no volví a verlo desde que terminamos el liceo, y las posibilidades de charlar o saludarlo una vez más son francamente remotas desde que me mudé a esta ciudad, a más de mil kilómetros del bar de avenida Francia.

Doblo el diario en dos, para que quede a disposición de otro parroquiano. La presencia de Bárbara me irrita, pero no en exceso. Es la irritación opaca, sorda que se siente ante un objeto molesto. La que sentiría si al otro lado de la mesa estuviera sólidamente instalada una gran heladera o una cocina a gas absurda, innecesaria. Es una presencia que me fomenta deseos infantiles de omnipotencia: me gustaría, por ejemplo, ser el mago Mandrake, gesticular hipnóticamente y hacerla desaparecer.

El recipiente interior del afecto hacia Bárbara se ha vaciado hasta la última gota hace tiempo. Al sentarse ella me ha pedido dine-



ME SAQUE LOS ANTEOJOS, NENA

Por Elvio Gandolfo

Uruguayo y continuador de la narrativa de Felisberto Hernández, Gandolfo es uno de los más considerables escritores de la franja que la crítica llama —con la complacencia de la geografía— Río de la Plata. En 1983 el Centro Editor de América Latina publicó su libro de relatos *La reina de las nieves*. Para mediados de este año *Puntosur* promete otro volumen. Este cuento es inédito y demuestra que, al menos por una vez, los elogios no son exagerados.

Antes de sacarme los anteojos le hago un gesto al mozo. Me contesta con otro, que pregunta si es lo de siempre. Muevo afirmativamente la cabeza, y me saco los anteojos.

Hace años que vengo al bar. Podría guiarme a ciegas por el ruido a vapor de la máquina express, por el estruendo de los coches que entra a través de los ventanales amplios de Serrano, o por el ladrido del perro del kiosco de la calle Chilson, mucho más tranquila.

Al pasar junto al mostrador retiré, como todos los días, el diario del bar. Un diario venal, mentiroso, pésimamente escrito y diagramado, que sin embargo leo todas las mañanas. "Porque e'grati" diría mi padre, irónico, haciéndose el mersa.

Hace tiempo que no veo a mi padre. Tampoco a mi madre. Mientras leo la primera plana pienso, perezosamente, en la posibilidad de visitarlos. Podría hacerlo solo o con Irene. En cambio Paula tendría que quedarse: le faltan unos meses para terminar sexto año, y le cuesta mucho matemáticas. No valdría la pena un viaje tan largo por solo un fin de semana.

Me entero de que han reanimado la vieja y muerta exploración espacial en Estados Unidos, de que un senador de la oposición y otro oficialista se trenzaron a golpes de puño ayer y al caer abrazados uno de los dos dañó seriamente con su propia cabeza una de las bancas del Senado. Con refinado masoquismo leo una columna editorial de chismes y opiniones muy breves que siempre tiene la virtud de hacerme hervir la sangre de furia o desdén: hoy el anónimo escriba pide que se reprima cuanto antes el "espectáculo indecoroso" que, según él, suele verse en parques o plazas "a la salida de los liceos". Se refiere a los abrazos y caricias adolescentes que han regresado con la cuarta redemocratización del país. El ruido del platito del café me desconcentra.

El mozo me saluda con una frase de circunstancias. Le contesto con otra: capta que prefiero seguir con el diario y se esfuma, después de dejar los bizcochos y un vaso de soda.

Un viejo vicio que hay en mí me lleva a leer con detenimiento la página de espectáculos. Jorge Constanci vuelve a pronosticar, quejoso, la muerte definitiva del cine, la desaparición de las seis salas que sobreviven a duras penas en la ciudad en medio de la marea de videos holográficos. Un súbito estruendo entra por los ventanales. Alzo la cabeza y veo el contorno grande, borroso, de un camión detenido y de dos formas humanas gesticulantes. Me pongo los anteojos.

No pasa nada: sencillamente a uno de los proveedores del bar se le ha caído un cajón de envases vacíos de Coca-Cola tamaño familiar. Los trozos de vidrio forman una especie de charco cubista sobre la acera. Una de las formas gesticulantes es la del conductor, un veterano de bigotitos. Otra, la del muchacho que descargaba los cajones, quien soporta el alud de insultos con la espalda gacha, culpable, en silencio.

—Pobre Tito —dice Galimberti.

Aparto los ojos de la calle y lo miro. Sin darme cuenta me he llevado la mano a la sien, para sacarme los anteojos. Pero me faltan catorce años para empezar a usarlos.

—¿Qué, lo conocés? —le digo.

—Hizo primer año conmigo. Pero tuvo que dejar. El hijo de puta del camión le paga una miseria.

—Se lo merece por gil —dice Salzano, buscando roña. Siempre busca roña, Salzano, aunque no sea mal tipo. Tomasino, en cambio, no dice nada. Está apoyado contra la ventanita única del bar, que da a avenida Francia. Es primavera y un viento fresco le sacude levemente los ricitos rojizos, le enfría y le seca las pequeñas gotas de sudor de la nariz, bajo los ojos distanciados, absortos. Siempre le suda un poco la nariz, a Tomasino, hasta en invierno.

—Eh, Tomasi, ¿en qué estás pensando? —dice Galimberti.

Tomasino no contesta. Sigue con la mirada absorta más allá de la ventanita, de los vidrios rotos, del camión de Coca-Cola. Galimberti nos guiña un ojo y pregunta sonoro y melódico, como en una ópera:

—*¿En qué piensa el pequeño Tomasino, cuando toma café o cuando toma vino?*

Al unísono, estruendosos también nosotros, ya entremezclando las palabras con la carcajada, coreamos:

—¡En las tetas de la señorita Thomas!

La risa general sobresalta a Tomasino, e incluso al mozo, que hasta ese instante estaba apoyado en el mostrador, a unos metros de la mesa.

—No rompan —dice Tomasino, con voz tenue, rascándose la cicatriz del pómulo—. No rompan, che —insiste, indiferente, lejano.

Me aflojo la detestable corbata que llevamos obligatoriamente todos desde que subió Onganía. Por la ventana entra el ruido trizado de los vidrios al ser barridos.

—¡Eh, Lucas, no seas chambón! —le grita Galimberti al mozo, que empuja el montón con la escoba hasta hacerlo caer a la calle—. Si los dejás en la calle *se le pueden pinchar las gomas...*

Y nos hace pie, con un guiño, para que aullemos:

—*¡...al auto de la pobre vieja Thomas!*

Nos reímos todos, hasta Tomasino, con risitas histéricas de infradotados. Es realmente magnífico estar allí, reunidos en el bar, media hora antes del timbre, de lunes a viernes: charlar, joder un poco. La "vieja Thomas" es la madre de la señorita Thomas. Ella nos da Instrucción Cívica, la hija Matemáticas. La enfurecemos un par de veces por semana haciéndole notar de mil y una maneras distintas el absurdo de estudiar semejante materia en pleno gobierno militar. Aunque desde hace un par de meses nos quedamos en el molde. Más concretamente desde el día en que la vieja le hizo aplicar veinticinco amonestaciones a Morales, que quedó automáticamente expulsado, por haber pegado en la puerta del salón, en su hora, un cartel que decía: "Hoy -Instrucción Castrense- Hoy".

Odiamos a la vieja Thomas, amamos a su hija, o amamos más bien las generosas tetas de su hija, que iluminan como dos faros legendarios la noche gris de ese sexto año final tan opaco, tan liso, de pelo corto, amonestaciones, corbata azul finita y obligatoria, me cago en la Morsa.

—En la hostia —dice Salzano.

—¿Qué? —le digo.

—Que se dice "me cago en la hostia" —aclara—. ¿Para qué tomaste la primera comunión? ¿Para qué se pasó tu viejo las noches de claro en claro y de oscuro en oscuro enseñándote el ABC anarquista y anticlerical?

Tomasino interviene y aplica un chiste perfecto, suave, protagonizado por el cardenal Caggiano, la Virgen María y María Magdalena. Reímos hasta el agotamiento. Siempre nos sorprende bajando de pronto del plano astral en el que está perdido todo el tiempo para intervenir con la precisión de un arquero zen.

A una cuadra y media del bar suena el primer timbre de entrada. Nos llega entre las hojas verdes, jugosas de los álamos de la primavera, nos llega doloroso como una puñalada sutil, como si nos ajustara las corbatas azules y finas con mano de verdugo alrededor del cuello. Recogen, ellos, los libros y carpetas. Porque yo me guardo un as en la manga.

—Id, id, hijos míos —les digo con voz y gesto de pastor protestante.

—¿Qué, te quedás? —pregunta Galimberti, aterrado. Tiene veinticuatro faltas y no puede saltearse un solo día.

—Así es, hijo mío —le digo con una sonrisa beatífica. Tomasino ya está en la puerta—. Por algo no falté un solo día del cruel y duro invierno: para ver las minifaldas de la cálida primavera.

—Qué hijo de puta —dice Galimberti, pero sin odio: con envidia.

—Se van a ir de orgía con la Thomas, viejo, dejálo gozar de la vida —dice Salzano.

—Es cierto, es cierto —finge descubrir Galimberti—. Ella sale después de la segunda, para el auto a la vuelta, lo recoge...

—...y el señor le recita la tabla de logaritmos al compás de los resortes de la cama —dice Salzano, falsamente indignado, puritano.

Ya están al otro lado de la pequeña ventana del bar, mirándome como encuadrado por la pantallita de un cine parroquial. Reímos un poco más. Atrás, en la penumbra del mostrador, Lucas anota lo que consumimos, origen de discusiones interminables cuando tenemos que pagar, a fin de mes.

Los veo alejarse a los tres, Tomasino mirando las hojas verdes y tiernas entre las que se filtra la luz cristalina del sol, otra vez hundido en su plan astral particular. Sé que a la vuelta de la esquina los espera la mole amarilla del amado y odiado liceo. Sé que, como yo, no ven la hora de que termine el año, y a la vez desean con toda el alma que no termine nunca, que podamos seguir admirando las tetas de la señorita Thomas para siempre, que el bar, Lucas y la ventanita que da a avenida Francia sigan firmes hasta el fin de los tiempos.

Abstraído, no me he dado cuenta de que el camión de Coca Cola se ha ido. Lo advierto tardiamente, por la luz blanca invernal que ahora entra sin obstáculos por los ventanales, y baldea las mesas vacías. Me gusta el bar. Hace apenas dos semanas que vengo, y ya he conseguido que me presten el diario, uno de los tres pasquines reaccionarios de la ciudad.

La abstracción en el exterior ha llegado a tanto que hasta he logrado olvidarme de Bárbara, sentada al otro lado de la mesa. Un curioso fenómeno de empatía ha hecho que ella también se desenchufe, y que también baje al bar bañado por la luz del invierno cuando yo lo hago. "Parecemos Tomasino", me digo. Me sorprende recordar al pequeño pelirrojo tantos años después: no volví a verlo desde que terminamos el liceo, y las posibilidades de charlar o saludarlo una vez más son francamente remotas desde que me mudé a esta ciudad, a más de mil kilómetros del bar de avenida Francia.

Doblo el diario en dos, para que quede a disposición de otro parroquiano. La presencia de Bárbara me irrita, pero no en exceso. Es la irritación opaca, sorda que se siente ante un objeto molesto. La que sentiría si al otro lado de la mesa estuviera sólidamente instalada una gran heladera o una cocina a gas absurda, innecesaria. Es una presencia que me fomenta deseos infantiles de omnipotencia: me gustaría, por ejemplo, ser el mago Mandrake, gesticular hipnóticamente y hacerla desaparecer.

El recipiente interior del afecto hacia Bárbara se ha vaciado hasta la última gota hace tiempo. Al sentarse ella me ha pedido dinero, casi sin mediar palabras. Con la frialdad de una escena repetida mil veces, se lo he negado. Ha bajado entonces un escalón: me ha pedido que le pague un café con leche. He llamado al mozo con un gesto mecánico. Cuando el mozo se acerca Bárbara se queda callada, para que sea yo quien hace el pedido, una forma microscópica de forzar un vínculo entre los dos. Pero la he señalado con un gesto y, entre la espada y la pared de la necesidad, ha dicho "un café con leche, con bizcochos".

No lo bebe: lo devora. La sorda molestia hace que trate de no oír los ruidos que hace al tragar. Pierdo la vista en las formas levemente difusas que se mueven en la calle, bajo la luz blanca del invierno: gente, coches, camiones. Cuando termina, vuelvo a mirarla. Siento una gran curiosidad por saber cómo está Paula, pero permanezco en silencio. Desde hace varias semanas Bárbara la guarda de rehén, estúpido modo de tratar de forzar aunque sea el lazo del odio y la acusación entre nosotros. La zona irónica del cerebro, cansada al infinito, hace que recuerde el título de una película: *Nos habíamos amado tanto*.

Los ojos, la boca, las manos de Bárbara, que ahora le limpian los labios con una servilletita de papel, no significan nada, o significan lo mismo que la manija niquelada de una heladera instalada ante mí, opaca, sordamente irritante. Así como apareció de pronto, se materializó diría, sin darme tiempo a pensar, a impedirle que se sentara a arruinarme el trozo de relativa paz de la mañana, desaparece ahora también de pronto, sin saludar. La veo cuando ya está junto a la puerta, con el gran bolso donde lleva buena parte de sus propiedades en el mundo, incluidos los documentos de identidad de Paula, que está en algún punto ignoto de la ciudad, a la espera de que actúe un lento engranaje judicial para librarse de la madeja incomprensible de gritos y separaciones que la rodea. La veo después enmarcada por el ventanal de Serrano, y luego no veo nada, sólo la calle. Recién entonces me pongo los anteojos.

Al otro lado de Corrientes distingo con nitidez la figura alta de Galimberti que cruza hacia el bar. Viene un poco agachado, agobiado, esquivando un par de autos con un lento balanceo. Entra y se dirige a la mesa con cubierta de mármol, se sienta en la silla forrada de cuero. Los dos nos sentimos desencajados, cohibidos en el lujo de este bar al que no venimos nunca. Se queda en silencio. Nos miramos. Han pasado once años desde el fin del liceo.

Afuera la calle tiene el tono gris, neblinoso de agosto. Cuando llegue a sentarme en la mesa de un bar de otra ciudad, años después, descubriré que el invierno también puede ser blanco.

Fingimos que es apenas una vez más en que nos sentamos a conversar, a intercambiar bromas, informaciones y sencillas maneras de hacer transcurrir el tiempo. Pero el simple hecho de habernos encontrado en esta mesa que apenas tres meses atrás rechazábamos como sitio probable, impregna todo de distancia, de extrañeza, de despedida. La ciudad se ha vuelto peligrosa, llena de lugares "sucios", contaminados no sabemos bien por qué, de sitios antes acogedores que se han transformado en pequeños retablos siniestros, malas imitaciones de la realidad, escenarios donde basta pisar sin querer una trampa del piso de tablones para desaparecer.

Galimberti deja que el mozo deposite los cafés, mira el ticket y queda helado de pavor.

—Pago yo —le aclaro, tratando de sonreír.

—Creo que nos está fichando —sonríe, también cansado, con un gesto levísimo hacia el mostrador donde el mozo, realmente, nos está mirando.

Sin darnos cuenta hablamos en voz baja, un poco inclinados el uno hacia el otro. En cuanto lo advertimos dejamos de hacerlo, y nos apoyamos en el respaldo de cuero sobado de las sillas. Sorbemos el café sin hablar.

—Me voy a fin de mes —digo al fin.

—Sí, tu hermana me contó —dice.

Afuera, increíblemente, una paloma baja en el aire gris, entre los coches, desde las alturas enormes y cubiertas de excrementos de la Cámara de Comercio, y su imagen es guillotinada por el borde inferior de la ventana.

—Nos vamos los tres, con Bárbara y la nena.

—Es lo mejor —dice Galimberti—. Si no, uno extraña.

En el cristal de la ventana que da a Corrientes veo reflejada la imagen del mozo, que sigue mirándonos, o mirando la calle donde la paloma resucita, gris, para regresar a su reino de piedra, aleteando superpuesta al reflejo inmóvil de casaca violeta y moñito negro.

—¿Te llevás todo? —dice Galimberti.

—No. Regreso en marzo y ahí veo. Total, no es irse a Europa.

—Eso. Además, es lo mejor —dice Galimberti.

No hablamos: llenamos cubos vacíos de aire con palabras. Lo seguimos haciendo durante quince minutos, sin la menor alegría. A la vez concreto y simbólico, un patrullero azul y blanco pasa lento al otro lado de los vidrios. No puedo dejar de advertir que el reflejo del mozo cambia levemente de posición. Los dos nos damos cuenta de que estamos a punto de putearlos entre dientes y que los dos pensamos que es inútil, redundante, incluso peligroso. Así que los dos damos por terminada la charla, Galimberti se para, me estrecha con fuerza la mano, esquiva las mesas, se integra al aire gris después de alzar el brazo y sonreír. Volveremos a vernos doce años después.

Siento un deseo intenso, repentino, que me nace desde abajo mismo del estómago, de avanzar con paso firme hacia el mozo inmóvil, tomarlo de la moñita negra y el cinturón y arrojarlo contra el enorme espejo biselado, detrás del mostrador, para verlo trizarse en mil pequeñas imágenes fragmentarias de su casaca violeta. Pero la cabeza, arriba, acota: "El pobre tipo no tiene nada que ver". La pobre cabeza, arriba, se da cuenta de que el espíritu de la época no soporta tales arranques, y aconseja. El impulso salvaje se sosiega. Pido con un gesto al mozo que me traiga otro café. Me saco los anteojos para frotarme el entrecejo.

—No te los pongas —dice Irene—. Me gustás más así.

Sonrío. Para decírmelo, Irene me ha apoyado las manos sobre las rodillas, debajo de la mesa. Tengo una erección instantánea. Mientras me doblo un poco para disimularla, aunque nadie puede verla debajo de la tabla de fórmica, descubro que la expresión "me da calor" puede ser literal.

—Un poco de seriedad —le digo.

Responde apretándome un poco más las rodillas, rodeando la forma resistente de los meniscos con sus dedos pequeños. Eso logra quebrarme el rubor, porque reímos los dos.

El verano termina con una luz gloriosa, dorada sobre los coches y la gente que pasan por Serrano. Sé que la forma colorida que espera para cruzar es Paula, porque reconozco el pulóver azul y el equipo de gimnasia amarillo.

Por eso no me sorprende cuando entra como una tromba, nos ametralla a toda velocidad con los datos acerca de lo que va a hacer en las próximas horas, limpia con movimientos veloces los bizcochos que quedan sobre la mesa, y se va.

La mesa queda casi en silencio, porque Irene canturrea. Después, con voz pausada, hace su propia lista de actividades. Es larga.

—O sea que nos vemos a las once o doce, en casa —digo.

Asiente. Ahora me tocaría a mí. Pero como siempre, soy vago, impreciso, cuido celosamente una hipotética independencia de movimientos, en realidad innecesaria. Como siempre, le agradezco interiormente a Irene que no presione. Me dejaría cortar una mano antes que confesarle que estoy tomando clases de composición musical por la tarde, desde hace tres meses, como si se tratara de algo pornográfico, impúdico.

Al fin me besa por encima de los pocillos vacíos, me roza levemente con los cabellos y se va. Me quedo mirando la luz amarilla, suculenta del sol sobre Serrano y no puedo evitar un gesto interior de agradecimiento por la luz, por respirar, una pequeña reverencia de sobreviviente. Bastante borrosa (he tenido que cambiarle los cristales a los anteojos, hace poco) alcanzo a reconocer la silueta de Bárbara en la vereda de enfrente. También parece reconocerme, porque uno de los brazos se alza hacia la ventana del bar. Lo mejor sería ponerme los anteojos, para confirmar que es ella, pero los dejo reposar junto al diario y también levanto la mano, por las dudas. La silueta no cruza, sigue su camino hacia Chilson. Ahora sí la reconozco: carga los bolsos, o más bien los bultos, donde lleva frazadas, ropa, cacharros, su vida.

El diario parece el mismo de los últimos veinte años: en La Haya denunciaron un arma química brasileña basada en virus mutados de SIDA; el gobierno negro de Sudáfrica ha sido reconocido con cinco años de retraso por Estados Unidos; un senador oficialista escupió ayer en la cara a un senador opositor, aunque luego votaron juntos la ley de desincorporación castrense, que tal vez ponga en peligro la estabilidad institucional; en Europa, las tropas francesas siguen resistiendo el avance del Ejército Islámico, cerca de París.

Como siempre la mezcla heteróclita, fragmentada de noticias me produce una especie de extraña euforia; no olvido leer la columna editorial de chismes, que con imperecedera eficacia me hace hervir la sangre de furia. Para calmarla doblo el diario prolijamente, y me pongo los anteojos.

Ahora los necesito incluso para leer de cerca. Hace diez minutos Goncalvez me ha dejado una carpeta de contratos y recibos. "Para que los chequee y los firme, jefe", dijo con voz untuosa. Le encanta llamarme "jefe", como si vender y cobrar derechos de canciones fuera una actividad de mafiosos.

El interior del bar está muy bien iluminado, a pesar de que es prácticamente subterráneo. Cuando la autopista iraní tapó para siempre la esquina de Serrano y Chilson, tuvieron la virtud de conservar el viejo local bajo la gran estructura de plástico pretensado, y de abrir una versión modernizada llena de luz solar arriba, al borde mismo de la autopista. Paula prefiere el bar superior, desde luego, cuando viene a visitarnos.

A mí, en cambio, me gusta bajar y sentarme en la vieja mesa. Cerca de la ventana, bajo los tubos fluorescentes, descubro con sorpresa que en las últimas dos semanas la versión inglesa de "Me saqué los anteojos, nena" barre con el primer puesto en las listas de "hits" de la costa Oeste, y hasta en la colonia lunar angloindia. En mi opinión es uno de mis peores temas. Con fuerza rítmica, pero machacón, tramposo. Ahora que han pasado un par de años hasta le reconocería cierta razón al hijo de puta que creyó descubrir un plagio descarado de tres temas de Lennon y McCartney. Por suerte sólo él y otra media docena de críticos se acuerdan de los Beatles.

Antes de irse, Goncalvez me preguntó si había compuesto algo últimamente. "¿Hizo algo nuevo, jefe?" me dijo, expectante, con pose de pistolero fiel. "Estoy en eso", contesté con firmeza. En realidad he empezado a trabajar sobre una idea vaga: un tema que hable de una mesa de bar, del sol, de la lluvia, de Irene. Un homenaje encubierto, narrativo, a los bares, los climas y las mujeres en la vida de un hombre. Algo lento, sencillo, y a la vez armónicamente sutil, una balada tal vez. Me gustaría mucho imponer un tema de cierta hondura musical, algo mejor que *I Took Out My Glasses, Baby*, como tradujeron pésimamente. Aunque debo reconocer que es un tema pegadizo, entrador. Mientras firmo cesiones, contrato y recibos, en la luz blanca, artificial del bar, no puedo dejar de tararear el estribillo, aunque me parezca ordinario, trivial:

"No puedes engañarme
Ya no me das más pena:
Me saqué los anteojos, nena."

SAQUE LOS OJOS, NENA

Por Elvio Gandolfo

ro, casi sin mediar palabras. Con la frialdad de una escena repetida mil veces, se lo he negado. Ha bajado entonces un escalón: me ha pedido que le pague un café con leche. He llamado al mozo con un gesto mecánico. Cuando el mozo se acerca Bárbara se queda callada, para que sea yo quien hace el pedido, una forma microscópica de forzar un vínculo entre los dos. Pero la he señalado con un gesto y, entre la espada y la pared de la necesidad, ha dicho "un café con leche, con bizcochos".

No lo bebe: lo devora. La sorda molestia hace que trate de no oír los ruidos que hace al tragar. Pierdo la vista en las formas levemente difusas que se mueven en la calle, bajo la luz blanca del invierno: gente, coches, camiones. Cuando termina, vuelvo a mirarla. Siento una gran curiosidad por saber cómo está Paula, pero permanezco en silencio. Desde hace varias semanas Bárbara la guarda de rehén, estúpido modo de tratar de forzar aunque sea el lazo del odio y la acusación entre nosotros. La zona irónica del cerebro, cansada al infinito, hace que recuerde el título de una película: *Nos habíamos amado tanto*.

Los ojos, la boca, las manos de Bárbara, que ahora le limpian los labios con una servilletita de papel, no significan nada, o significan lo mismo que la manija niquelada de una heladera instalada ante mí, opaca, sordamente irritante. Así como apareció de pronto, se materializó diría, sin darme tiempo a pensar, a impedirle que se sentara a arruinarme el trozo de relativa paz de la mañana, desaparece ahora también de pronto, sin saludar. La veo cuando ya está junto a la puerta, con el gran bolso donde lleva buena parte de sus propiedades en el mundo, incluidos los documentos de identidad de Paula, que está en algún punto ignoto de la ciudad, a la espera de que actúe un lento engranaje judicial para librarse de la madeja incomprensible de gritos y separaciones que la rodea. La veo después enmarcada por el ventanal de Serrano, y luego no veo nada, sólo la calle. Recién entonces me pongo los anteojos.

Al otro lado de Corrientes distingo con nitidez la figura alta de Galimberti que cruza hacia el bar. Viene un poco agachado, agobiado, esquivando un par de autos con un lento balanceo. Entra y se dirige a la mesa con cubierta de mármol, se sienta en la silla forrada de cuero. Los dos nos sentimos desencajados, cohibidos en el lujo de este bar al que no venimos nunca. Se queda en silencio. Nos miramos. Han pasado once años desde el fin del liceo.

Afuera la calle tiene el tono gris, neblinoso de agosto. Cuando llegue a sentarme en la mesa de un bar de otra ciudad, años después, descubriré que el invierno también puede ser blanco.



Fingimos que es apenas una vez más en que nos sentamos a conversar, a intercambiar bromas, informaciones y sencillas maneras de hacer transcurrir el tiempo. Pero el simple hecho de habernos encontrado en esta mesa que apenas tres meses atrás rechazábamos como sitio probable, impregna todo de distancia, de extrañeza, de despedida. La ciudad se ha vuelto peligrosa, llena de lugares "sucios", contaminados no sabemos bien por qué, de sitios antes acogedores que se han transformado en pequeños retablos siniestros, malas imitaciones de la realidad, escenarios donde basta pisar sin querer una trampa del piso de tablones para desaparecer.

Galimberti deja que el mozo deposite los cafés, mira el ticket y queda helado de pavor.

—Pago yo —le aclaro, tratando de sonreír.

—Creo que nos está fichando —sonríe, también cansado, con un gesto levísimo hacia el mostrador donde el mozo, realmente, nos está mirando.

Sin darnos cuenta hablamos en voz baja, un poco inclinados el uno hacia el otro. En cuanto lo advertimos dejamos de hacerlo, y nos apoyamos en el respaldo de cuero sobado de las sillas. Sorbemos el café sin hablar.

—Me voy a fin de mes —digo al fin.

—Sí, tu hermana me contó —dice.

Afuera, increíblemente, una paloma baja en el aire gris, entre los coches, desde las alturas enormes y cubiertas de excrementos de la Cámara de Comercio, y su imagen es guillotinada por el borde inferior de la ventana.

—Nos vamos los tres, con Bárbara y la nena.

—Es lo mejor —dice Galimberti—. Si no, uno extraña.

En el cristal de la ventana que da a Corrientes veo reflejada la imagen del mozo, que sigue mirándonos, o mirando la calle donde la paloma resucita, gris, para regresar a su reino de piedra, aleteando superpuesta al reflejo inmóvil de casaca violeta y moñito negro.

—¿Te llevás todo? —dice Galimberti.

—No. Regreso en marzo y ahí veo. Total, no es irse a Europa.

—Eso. Además, es lo mejor —dice Galimberti.

No hablamos: llenamos cubos vacíos de aire con palabras. Lo seguimos haciendo durante quince minutos, sin la menor alegría. A la vez concreto y simbólico, un patrullero azul y blanco pasa lento al otro lado de los vidrios. No puedo dejar de advertir que el reflejo del mozo cambia levemente de posición. Los dos nos damos cuenta de que estamos a punto de putearlos entre dientes y que los dos pensamos que es inútil, redundante, incluso peligroso. Así que los dos damos por terminada la charla, Galimberti se para, me estrecha con fuerza la mano, esquiva las mesas, se integra al aire gris después de alzar el brazo y sonreír. Volveremos a vernos doce años después.

Siento un deseo intenso, repentino, que me nace desde abajo mismo del estómago, de avanzar con paso firme hacia el mozo inmóvil, tomarlo de la moñita negra y el cinturón y arrojarlo contra el enorme espejo biselado, detrás del mostrador, para verlo trizarse en mil pequeñas imágenes fragmentarias de su casaca violeta. Pero la cabeza, arriba, acota: "El pobre tipo no tiene nada que ver". La pobre cabeza, arriba, se da cuenta de que el espíritu de la época no soporta tales arranques, y aconseja. El impulso salvaje se sosiega. Pido con un gesto al mozo que me traiga otro café. Me saco los anteojos para frotarme el entrecejo.

—No te los pongas —dice Irene—. Me gustás más así.

Sonrío. Para decírmelo, Irene me ha apoyado las manos sobre las rodillas, debajo de la mesa. Tengo una erección instantánea. Mientras me doblo un poco para disimularla, aunque nadie puede verla debajo de la tabla de fórmica, descubro que la expresión "me da calor" puede ser literal.

—Un poco de seriedad —le digo.

Responde apretándome un poco más las rodillas, rodeando la forma resistente de los meniscos con sus dedos pequeños. Eso logra quebrarme el rubor, porque reímos los dos.

El verano termina con una luz gloriosa, dorada sobre los coches y la gente que pasan por Serrano. Sé que la forma colorida que espera para cruzar es Paula, porque reconozco el pulóver azul y el equipo de gimnasia amarillo.

Por eso no me sorprende cuando entra como una tromba, nos ametralla a toda velocidad con los datos acerca de lo que va a hacer en las próximas horas, limpia con movimientos veloces los bizcochos que quedan sobre la mesa, y se va.

La mesa queda casi en silencio, porque Irene canturrea. Después, con voz pausada, hace su propia lista de actividades. Es larga.

—O sea que nos vemos a las once o doce, en casa —digo.

Asiente. Ahora me tocaría a mí. Pero como siempre, soy vago, impreciso, cuido celosamente una hipotética independencia de movimientos, en realidad innecesaria. Como siempre, le agradezco interiormente a Irene que no presione. Me dejaría cortar una mano antes que confesarle que estoy tomando clases de composición musical por la tarde, desde hace tres meses, como si se tratara de algo pornográfico, impúdico.

Al fin me besa por encima de los pocillos vacíos, me roza levamente con los cabellos y se va. Me quedo mirando la luz amarilla, suculenta del sol sobre Serrano y no puedo evitar un gesto interior de agradecimiento por la luz, por respirar, una pequeña reverencia de sobreviviente. Bastante borrosa (he tenido que cambiarle los cristales a los anteojos, hace poco) alcanzo a reconocer la silueta de Bárbara en la vereda de enfrente. También parece reconocerme, porque uno de los brazos se alza hacia la ventana del bar. Lo mejor sería ponerme los anteojos, para confirmar que es ella, pero los dejo reposar junto al diario y también levanto la mano, por las dudas. La silueta no cruza, sigue su camino hacia Chilson. Ahora sí la reconozco: carga los bolsos, o más bien los bultos, donde lleva frazadas, ropa, cacharros, su vida.

El diario parece el mismo de los últimos veinte años: en La Haya denunciaron un arma química brasileña basada en virus mutados de SIDA; el gobierno negro de Sudáfrica ha sido reconocido con cinco años de retraso por Estados Unidos; un senador oficialista escupió ayer en la cara a un senador opositor, aunque luego votaron juntos la ley de desincorporación castrense, que tal vez ponga en peligro la estabilidad institucional; en Europa, las tropas francesas siguen resistiendo el avance del Ejército Islámico, cerca de París.

Como siempre la mezcla heteróclita, fragmentada de noticias me produce una especie de extraña euforia; no olvido leer la columna editorial de chismes, que con imperecedera eficacia me hace hervir la sangre de furia. Para calmarla doblo el diario prolijamente, y me pongo los anteojos.

Ahora los necesito incluso para leer de cerca. Hace diez minutos Goncalvez me ha dejado una carpeta de contratos y recibos. "Para que los chequee y los firme, jefe", dijo con voz untuosa. Le encanta llamarme "jefe", como si vender y cobrar derechos de canciones fuera una actividad de mafiosos.

El interior del bar está muy bien iluminado, a pesar de que es prácticamente subterráneo. Cuando la autopista iraní tapó para siempre la esquina de Serrano y Chilson, tuvieron la virtud de conservar el viejo local bajo la gran estructura de plástico pretensado, y de abrir una versión modernizada llena de luz solar arriba, al borde mismo de la autopista. Paula prefiere el bar superior, desde luego, cuando viene a visitarnos.

A mí, en cambio, me gusta bajar y sentarme en la vieja mesa. Cerca de la ventana, bajo los tubos fluorescentes, descubro con sorpresa que en las últimas dos semanas la versión inglesa de "Me saqué los anteojos, nena" barre con el primer puesto en las listas de "hits" de la costa Oeste, y hasta en la colonia lunar angloindia. En mi opinión es uno de mis peores temas. Con fuerza rítmica, pero machacón, tramposo. Ahora que han pasado un par de años hasta le reconocería cierta razón al hijo de puta que creyó descubrir un plagio descarado de tres temas de Lennon y McCartney. Por suerte sólo él y otra media docena de críticos se acuerdan de los Beatles.

Antes de irse, Goncalvez me preguntó si había compuesto algo últimamente. "¿Hizo algo nuevo, jefe?" me dijo, expectante, con pose de pistolero fiel. "Estoy en eso", contesté con firmeza. En realidad he empezado a trabajar sobre una idea vaga: un tema que hable de una mesa de bar, del sol, de la lluvia, de Irene. Un homenaje encubierto, narrativo, a los bares, los climas y las mujeres en la vida de un hombre. Algo lento, sencillo, y a la vez armónicamente sutil, una balada tal vez. Me gustaría mucho imponer un tema de cierta hondura musical, algo mejor que *I Took Out My Glasses, Baby*, como tradujeron pésimamente. Aunque debo reconocer que es un tema pegadizo, entrador. Mientras firmo cesiones, contrato y recibos, en la luz blanca, artificial del bar, no puedo dejar de tararear el estribillo, aunque me parezca ordinario, trivial:

"No puedes engañarme
Ya no me das más pena:
Me saqué los anteojos, nena."

LOS MONJITOS

Por **HENFIL**











GARAY EDICIONES

JUEGOS

25 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primer palabra resultan "transformadas". Como ayuda le damos tres letras ya colocadas.

1	R				
2					
3					
4					
5	T				
6					
7					
8					
9	P				

DEFINICIONES

1. Peculiaridad del carácter.
2. Indole, clase.
3. Fruto del mango.
4. Parte del traje que cubre el brazo.
5. Bikini.
6. Cantidad indeterminada (fem.).
7. Falta de entendimiento.
8. Liquido para escribir.
9. Acción de pintar.

25 "LA SOPA DEL 7"

V	I	T	M	N	C	E	A	R	O
T	E	H	E	A	A	M	C	O	S
H	E	L	S	E	B	R	A	O	O
U	G	T	B	U	S	P	I	N	N
A	N	D	M	O	A	A	A	I	S
E	R	I	V	N	D	L	E	F	O
U	G	H	E	T	P	I	A	M	H
A	R	C	D	X	V	O	R	E	F
O	S	U	G	H	T	T	A	H	I
E	M	V	E	A	L	R	M	L	O
U	T	T	L	H	E	P	A	L	A
I	N	P	S	V	R	A	C	S	O
U	Y	H	J	I	K	M	N	B	B

Encuentre los nombres de 7 términos de cinematografía que pueden estar escritos en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

25 "NUMERO OCULTO"

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
1	2	5	4	0	2
5	6	9	1	0	3
9	1	7	5	0	3
3	6	7	8	1	0

				B	R
				4	0
8	3	4	1	0	1
1	2	3	4	0	2
3	5	7	0	0	3
5	6	7	8	1	1

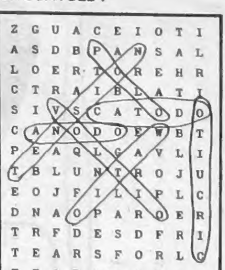
SOLUCIONES

24

"TRANSFORMACION"

SESGO
SESTO
SUSTO
BUSTO
BASTO
CASTO
COSTO
CORTO
CORTE

"LA SOPA DEL 7"



Z	G	U	A	C	E	I	O	T	I
A	S	D	B	P	A	N	S	A	L
L	O	E	R	T	O	R	E	H	R
C	T	R	A	I	B	L	A	T	I
S	I	V	S	C	A	T	O	D	O
C	A	N	O	D	O	E	W	B	T
P	E	A	Q	L	G	A	V	L	I
T	B	L	U	N	T	R	O	J	U
E	O	J	F	I	L	I	P	L	C
D	N	A	O	P	A	R	O	E	R
T	R	F	D	E	S	D	F	R	I
T	E	A	R	S	F	O	R	L	C
F	E	A	R	S	F	O	R	S	F

"NUMERO OCULTO"

1. 2817
2. 6573